

## JUAN BERNIER, ARQUEOLOGO DE CAMPO

Excmo. Sr. Director, Sr. Teniente de Alcalde y Corporación de La Carlota, señores Académicos y Cronistas, autoridades, amigos todos:

Mis tareas pastorales de esta Cuaresma me hacen de todo punto imposible estar en esta noche en La Carlota como hubiera sido mi deseo. A esa misma hora tengo la responsabilidad de predicar un quinario en La Rambla ante esa admirable imagen de Juan de Mesa que es Jesús Nazareno. Pero al menos sí quiero unirme espiritual y afectivamente al homenaje que hoy se tributa a un hombre, Hijo Predilecto de Córdoba, humano y sencillo, poeta ilustre del Grupo Cántico, maestro ejemplar y abogado, escritor de brillante prosa, arqueólogo de campo, Numerario de nuestra Real Academia.

Tiene motivos La Carlota para sentirse orgullosa de D. Juan Bernier. Aún recuerdo su primera visita a Montemayor. Fue una mañana de 1968. Llegó en compañía de D. Rafael Castejón y D. Juan Gómez Crespo. Andaba yo por aquel entonces recopilando datos y restos arqueológicos para conocer los orígenes y vida de la antigua Ulfa. Había escrito algunos comentarios sobre el tema en el *diario Córdoba*. Había también cruzado algunas cartas en el periódico con mi querido y admirado amigo y compañero D. Francisco Crespín Cuesta. D. Juan Bernier —que conocía el tema muy bien— quiso intervenir con algunos comentarios en el mismo periódico. Y antes de nada quiso conocer «in situ» a la persona, y a los restos arqueológicos que apenas había comenzado a coleccionar. Les invité a almorzar y desde los primeros minutos comprendí que estaba ante un hombre —cuya fama ya conocía por sus versos y por sus escritos— pero que sobre todo comenzaba a ser para este modesto aficionado, un formidable maestro. Fue D. Juan Bernier quien primero me facilitó libros de arqueología, y me animó a proseguir en una labor que era para mí apasionante. Aquella visita —y otras posteriores— quedaron para siempre reflejadas al recopilar en el libro «Tierra Nuestra» muchos de sus artículos publicados en Córdoba. Ese libro es el mejor testimonio de su labor ingente como arqueólogo de campo. D. Juan no se limitó a beber en fuentes ajenas, a repetir lo que otros habían dicho. Durante bastantes años, casi en solitario, D. Juan acompañado de algún estudiante, de algún que otro «quijote» recorrió cerros, cañadas, cortijos, iglesias, castillos, ruinas. D. Juan Bernier recorrió todos los pueblos, todas las aldeas, descubriendo recintos ibéricos, inscripciones. Se granjeó la amistad y afecto de quienes sentían en lo más hondo de su entraña interés por salvar al patrimonio, fuera un castillo, una ermita o un mosaico romano. El tomaba nota de todo y cuando por la noche llegaba a casa daba forma a sus apuntes para mandar al periódico los artículos o ir formando un libro.

Tuve el gozo de acompañar a D. Juan en bastantes correrías. Unas por los alrededores de Montemayor. Otras por Monturque, Santaella, Aguilar, Puente Genil, Castro, Cabra y Córdoba. A veces en nuestro modesto seiscientos, que se convertía en «todo terreno». Particularmente dura fue nuestra escalada al llamado «Cerro de La Mazmorra» por el tremendo calor de Agosto. Allí pudimos descubrir con gozo las ruinas de dos recintos ibéricos. Cuando terminábamos las correrías arqueológicas irremisiblemente dábamos con nuestros huesos en alguna taberna donde reponíamos fuerzas con una buenas tapas de chorizo y unas copas de vino. Yo seguía atentamente las explicaciones que sobre el terreno nos iba dando, camino de los recintos o de las villas romanas. De él aprendí a fijarme en el más pequeño trozo de cerámica, en una piedra que todos despreciaban. Y desde el primer paseo me hizo descubrir la importancia de esa asignatura que no se aprendía en los libros sino en el pateo, con sudor y polvo.

Era el suyo un trabajo duro. Una labor que casi siempre le costaba sudor y dinero. Fue además un trabajo desinteresado. D. Juan Bernier nunca quiso aprovecharse de los hallazgos para hacer negocio o ganar dinero. Cuanto cayó en sus manos fue a parar a los museos locales, o al Museo Provincial o a los Ayuntamientos.

Cuando más tarde la Real Academia se dignó nombrarme miembro Numerario inmediatamente pensé en D. Juan Bernier para que constestara mi discurso. Lo aceptó complacido y toda su disertación versó sobre esa labor de arqueología de campo que tanto había practicado a lo largo de no pocos años. En los últimos años de su vida, los problemas con sus bronquios, le hizo imposible proseguir esa búsqueda incansable de objetos y restos por los pueblos de La Sierra o La Campiña. Pero todos los años me visitaba para conocer con idéntico empeño las mejoras realizadas en el Museo de Uliá, por el incremento de los hallazgos de los últimos doce meses. Y poco más de un año antes de morir, estuvo en Montemayor ultimando todo para la publicación del sexto tomo del catálogo artístico y monumental.

Conté además en D. Juan Bernier con un defensor acérrimo de los museos locales. Por este motivo pasamos entonces más de uno y más de dos no pocos malos ratos. Nos acusaron de expoliadores, y hasta nos amenazaron con llevarnos a la cárcel, por el «delito» de salvar un patrimonio del que nadie había hecho nada por rescatar. En plena siesta, y hasta en plena noche de luna llena, algunos quijotes subidos a un tractor mientras fondeaba la tierra para plantar viñas, esperábamos con ojos abiertos que aflorara a la superficie alguna ánfora, una inscripción, una moneda o un trozo de tubería en la finca Zargadilla. La Real Academia de Córdoba, por la actitud enérgica de D. Rafael y de todo el Cuerpo, tuvo que romper una lanza en defensa de estos «depredadores» tan despreciados. Hoy, gracias a Dios, y a la sensatez, de no pocos dirigentes, los museos locales son una realidad cada vez más extendida. Son muchos los pueblos que se honran en contar con un museo, que constituye la salvaguarda mejor del mismo patrimonio. Museos que han sido posible gracias a esa arqueología del campo, tan ardientemente defendida por D. Juan Bernier Luque.

Hoy honramos su memoria y rendimos tributo de admiración por cuanto hizo en servicio de esta Córdoba y sus pueblos que él tanto quería y tanto defendió. Su ejemplo y su testimonio serán siempre para nosotros un horizonte donde mirar, una senda donde poner los pies.

Para todos mi saludo cordial y mi afecto.

**Pablo MOYANO LLAMAS**

\*

## **JUAN BERNIER, UN AMIGO EN EL RECUERDO**

Ilustrísimos señores y señoras, dignísimas autoridades y pueblo de La Carlota. Con gran honor me desplazo hoy a este precioso y laborioso pueblo a rendir tributo de homenaje a uno de los hijos más preclaros.